

narios; y así, aunque cubierto de crímenes, acompañaba siempre á su provincial en las visitas de inspección. Y ¡admírese el mundo! aquel ser abyecto fué nombrado profesor para el colegio de Minerva en Roma, y, por tanto fué encargado de guiar á la infancia por el camino de la salvación; después se le envió á predicar á Capua (1). Y ¡ahí tenéis un presidiario sobresaliente que, gracias á la *libertad de la Iglesia*, llega á ser profesor y predicador!

Tal es la libertad que existe en Roma bajo el venturoso régimen del papado. Fuerza es, después de esto, decir con Dupanloup á los pueblos cristianos: "Aceptando sus palabras, imitad sus actos." No es nuestro ánimo juzgar á Pío IX como hombre; aun reconociéndole todas las virtudes imaginables, ese mismo ideal se volvería contra la santa sede y contra el catolicismo. Nosotros creemos de buen grado que Pío IX, al ocupar la silla de San Pedro, estaba animado de las mejores intenciones; pero ¿de qué ha servido su buena voluntad? Ha servido para continuar el más detestable de los gobiernos, y para ahondar más y más el abismo que separa á la Iglesia de la sociedad moderna. El vicio está en la institución; en la doctrina, y nada pueden los hombres contra él; porque no hay más que un remedio al mal, y es la transformación del catolicismo, remedio que implica la abdicación del papado, lo que equivale á decir que si la revolución se verifica, será contra los papas.

V

Hemos oído á los católicos liberales, que seguramente no lo son, puesto que niegan la libertad como principio; rechazan el gran movimiento del 89, pretenden que la libertad es de origen católico, y se ven obligados á alterar la historia hasta el punto de hacer dudar si obran de buena fe, ó si su liberalismo es pura fraseología, y si es que se engañan ó que quieren engañar. Hay de todo entre ellos; pero, dejando á un lado los hipócritas, preferimos creer que la mayor parte de los católicos liberales principian por engañarse á sí mismos antes de engañar á los demás. Aparte de esto, es indudable que el liberalismo católico envuelve un contrasentido. Los que ponen su talento al servi-

(1) DÖLLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 580-582.

cio de esa mala causa tienen un instinto certero de los peligros que amenazan al catolicismo invariable de Roma; pero no ven que Roma está fatalmente encadenada al pasado por su tradición, por su doctrina, por el interés mismo de su existencia; para el papado se trata de ser ó no ser. Afiliándose á la bandera del liberalismo, el papado se suicidaría, y prefiere luchar para vivir. Al término de esa lucha se halla también la muerte; pero al menos, morirá sin deshonorarse con concesiones que no le es posible hacer en conciencia. Bajo este punto de vista, Gregorio XVI y Pío IX han hecho bien en rechazar á los defensores que encontraban entre los católicos liberales. Los verdaderos defensores del catolicismo son los ultramontanos. Oigámosles; son la viva imagen de esa sentencia del poeta: "A los que Dios quiere perder, los ciega." En efecto, la ceguedad de los hombres del pasado es fatal, y no menos fatal es su ruina.

Los católicos liberales, cuando hablan de la Encíclica entre cuatro paredes, se preguntan quién ha podido aconsejar al papa una imprudencia semejante. Monseñor de Ségur responde: "El Espíritu Santo. Hé ahí por qué la Encíclica no solamente encierra la verdad, sino que es muy útil y muy oportuna." Es uno de esos actos que los papas ejecutan como vicarios infalibles de Dios; y no caen nunca en el error, sino que mandan lo que Dios quiere. Oigamos, pues, lo que Dios nos enseña por boca del papa. La Encíclica reprueba el *espíritu moderno*, prueba de que no vale nada. "Lo que nuestros incrédulos y nuestros revolucionarios vienen llamando hace cien años *espíritu moderno*, no es otra cosa más que el espíritu de rebelión contra la fe y contra todas las autoridades legítimas: es la incredulidad que, con los nombres de filosofía y de razón, pretende aniquilar el cristianismo; es la licencia que, con el nombre de libertad, quiere destruir la autoridad de la Iglesia y la de los soberanos temporales; es la tiranía que, bajo el nombre de legalidad, quiere ahogar todas las verdaderas libertades, la libertad religiosa, la libertad eclesiástica, la libertad civil, la libertad de educación y de enseñanza, y hasta la libertad de la familia, con los sagrados derechos de la propiedad. En el fondo, hé ahí á lo que se llama espíritu moderno. En efecto, es moderno por oposición á la antigua sociedad cristiana, toda ella penetrada del espíritu católico. A ese espíritu moderno se le

llama también la Revolución, y la Revolución es la negación de la Iglesia y la coalición de todas las fuerzas humanas y diabólicas contra el reino de Jesucristo en la tierra. No extrañéis, por tanto, que el papa, jefe de la Iglesia, sea el natural enemigo de la Revolución y quiera sofocar lo que llamáis *espíritu moderno*," (1). Seguramente que no; nosotros no extrañamos nada de eso; el papa está en su terreno; sólo queremos que dejéis á un lado esa fraseología de libertad que empleáis en vuestra apología. Imitad al papa, el cual no ha pedido ni defendido más que una sola libertad, la libertad de la Iglesia; contentaos con ella, y no habléis de libertad civil, y sobre todo de libertad religiosa, ó decid que por libertad religiosa entendéis la libertad de la religión católica, apostólica y romana, lo cual excluye la libertad de los demás cultos.

Sí, dice M. de Ségur, el papa condena la libertad de conciencia, tal como la entienden los revolucionarios, que es libertad de no tener conciencia, ó la libertad de emponzoñar la conciencia. El protestantismo es el que ha inventado esa libertad, y la Revolución la que la ha perfeccionado. Y ¿á qué se reduce en la práctica? "A no tener en cuenta más que las leyes civiles, sin ocuparse para nada de las leyes religiosas; á burlarse del papa y de los obispos; á vilipendiar al clero, á los religiosos y á las instituciones católicas; á infringir todos los preceptos de Dios y de la Iglesia; á no rezar nunca, ni respetar el domingo ni el día de fiesta, y, por último, á morir como gentiles y como brutos." ¡Y se quería que el papa aprobase esa libertad de la impiedad! Ella supone que no hay verdadera religión, y que la Iglesia no ejerce en la tierra ninguna autoridad divina: "Basta ser cristiano para rechazar con indignación una libertad, ó, mejor dicho, una locura semejante," (2).

Conclusión: ningún cristiano puede admitir la libertad de conciencia tal como la entiende la Revolución. Y como esa libertad es la que consignan nuestras constituciones, como el mismo monseñor confiesa "que se ha introducido en las instituciones modernas," y como se ha introducido hasta en nuestras costumbres, ¿qué hay que deducir de

(1) SÉGUR (monseñor de), *las Objeciones del pueblo contra la Encíclica*, p. 6, 11, 12.

(2) SÉGUR (monseñor de), *las Objeciones del pueblo contra la Encíclica*, p. 21, 23.

todo eso? Que la sociedad ya no es cristiana, ó que no lo es, por lo menos, á la manera del papa. Y ¿qué debería hacer para volver á la tradición católica? Abjurar la Revolución, de donde procede; abjurar la filosofía, que ha engendrado la Reforma; abjurar el Renacimiento, que es el primer principio del mal. De este modo nos hallaremos en plena Edad Media.

¿Quiere eso decir que al condenar la libertad de conciencia tal como la formulan nuestras constituciones rechaza el papa la *verdadera libertad de la conciencia*? Muchos encantos debe tener la palabra libertad, cuando los mismos ultramontanos la pronuncian, siquiera sea con los labios. ¿Qué es la verdadera libertad de conciencia? "Consiste en poder llenar libremente todos nuestros deberes de católicos." Muy bien: hé ahí á los católicos libres; pero ¿y los protestantes, los judíos y los filósofos? Estos son libres de ser católicos; pero no son libres de no ser católicos; esta última libertad es la del mal, que es la que está condenada por la fe y por el papa. No hay necesidad de preguntar cuál es la verdadera libertad de conciencia que da libertad á los católicos y se la niega á los demás cultos. Es la libertad á la manera de Roma.

Después de haber escamoteado también la libertad, monseñor de Ségur dice que la táctica de la Revolución es embrollar las ideas, y, bajo el velo de los más respetables nombres, escamotear para sí lo mejor que hay en la tierra. ¿Qué cosa más respetable en sí misma ni qué mejor que la *civilización*, que el *progreso* y que la *libertad*? La Iglesia no ha querido nunca ni ha dado jamás más que eso al mundo. Y ¿qué ha hecho la revolución? "Hija del diablo, astuta y tortuosa como la antigua serpiente, roba al cristianismo sus bellos nombres y las grandes cosas que sólo á él pertenecen, y con arte pérfido guarda el nombre, pero cambia también la cosa: que sabe convertir en veneno el vino más exquisito," (1). Acabamos de ver la prueba en cuanto á la libertad de conciencia, la cual consiste en la libertad católica, libertad para la Iglesia de freir y asar á los que no son católicos. Pero hé aquí que los hijos del diablo, los sabios del Renacimiento, los reformadores, los filósofos, los Revolucionarios se apoderan de esa libertad y la reclaman para

(1) SÉGUR (monseñor de), *las Objeciones del pueblo contra la Encíclica*, p. 18-20.

si mismos y para todos. Evidentemente roban la libertad a la Iglesia, la escamotean y la envenenan por bajo de cuerda.

¿Se quiere saber en una palabra lo que es la civilización moderna, con su libertad y su progreso? Pues es la apostasía de los Estados y de los pueblos, es la sociedad dejando de ser católica. Nada más cierto. ¿Qué nos queda que hacer, si deseamos nuestra salvación? Oír al papa, dejar á un lado nuestra mala libertad, y corregir nuestras leyes y nuestras constituciones. En efecto, desde que no están de completo acuerdo con la enseñanza infalible del papa, es señal cierta de que no están de acuerdo con la ley de Dios, con la verdad y con la justicia. Y desde ese momento, los pueblos que quieran ser cristianos no tienen que hacer más que seguir la enseñanza de Jesucristo y de su vicario, apresurándose á abolir la falsa libertad y á reemplazarla con la verdadera libertad, que es la de la Iglesia (1). Pero si se obstinan en conservar las libertades y las instituciones que les ha legado la Revolución, sepan que dejarán de ser católicos. Y serán hijos de la antigua serpiente como los revolucionarios, y ese engendro del diablo irá derecho al infierno, después de haber vivido y muerto á la manera de los brutos.

VI

¿Qué dice el papa de todas esas apologías? Da una muestra de aprobación á todos los que la defienden. Veillot es su hijo predilecto, pero también tiene palabras de cariño para el conde de Montalembert. Dupanloup le encanta no menos que M. de Ségur. El pobre hombre, verdadera momia, conservada en su inmovilidad desde el siglo XII, no comprende nada de la civilización moderna, como no sea que el mundo se le escapa, y entonces se pone á condenar y á maldecir, persuadido de que sus Encíclicas van á hacer que la humanidad retroceda en su camino. Ni siquiera sospecha que sus bulas no producen ya más efecto que los globos que los niños hacen con agua y jabón por vía de entretenimiento, ¡vana apariencia que se desvanece al menor soplo! Los incrédulos,

(1) SÉGUR (monseñor de), *las Objeciones del pueblo contra la Encíclica*, p. 18-20.

esos adoradores de Satán, se sonríen y baten palmas. Y entre los cristianos, los que conservan algún buen sentido se lamentan y lloran. Los hombres que, sin ser católicos, quieren la religión, se dicen: á los que Dios quiere perder, los ciega.

Tienen razón los ultramontanos en exclamar ¡apostasía!, porque es cierto que la sociedad ha dejado de ser católica. En vano el papa, su pretendido jefe, la grita que se pierde, que entra por las sendas de la astuta serpiente; la sociedad no le escucha, y sigue á su seductor. La razón es sencilla: las sociedades marchan al término de su destino, no bajo la inspiración de Satán, sino bajo la mano de Dios; están, por lo tanto, en la verdadera senda, y el que se engaña es el llamado guía infalible. La lucha está empeñada entre la verdad y el error, y el éxito de ella no deja dudas. ¡Cosa notable! ¡La Iglesia ayuda á empujar la sociedad fuera del cristianismo tradicional! Después de la Revolución se ha verificado una reacción incontestable á favor de las ideas religiosas. "La sociedad, cansada de trastornos y de cambios, busca puntos fijos á que poder asirse y descansar; las almas, hastiadas de la atmósfera terrestre y material, quieren elevarse á horizontes más altos y más puros." El que escribe esas palabras es M. Guizot sin hacerse ilusión acerca del valor de la reacción religiosa. Pero es indudable que, entregado á su curso natural, ese movimiento tenía gran probabilidad de propagarse y devolver su legítimo imperio á la religión. ¿Quién le ha detenido? El clero, dice M. Guizot; para él, la reacción religiosa no consiste en restablecer la fe y la vida cristianas, sino en rechazar la sociedad hacia sus antiguos moldes, para devolver á la Iglesia su posición privilegiada y dominante. Y cuando se vieron los deseos y los esfuerzos del clero dirigidos especialmente contra los principios y las instituciones que forman la esencia misma de la sociedad moderna, se detuvo al punto la ola ascendente de la reacción religiosa, y cedió el puesto á una ola contraria. En nombre de la Iglesia se declaraba la guerra á la sociedad, y la sociedad devolvió á la Iglesia guerra por guerra (1).

M. Guizot es cristiano ortodoxo. Está muy convencido de la verdad del cristianismo tradicional,

(1) GUIZOT, *Memorias para hacer la historia de mi tiempo*, tomo I, p. 272-274.

y cree en su eternidad (a). Los que son menos afectos que él á ciertas formas y á ciertos dogmas encontrarán otra enseñanza en la historia de la reacción religiosa. Para la Iglesia, la reacción significa el restablecimiento de su supremacía; y nada más natural y más inevitable, porque en el catolicismo, la Iglesia y la religión se confunden. Sin embargo, la sociedad moderna no quiere, á precio alguno, la dominación del clero, lo cual quiere decir que ya no quiere la religión católica. Hé ahí por qué se echa en brazos de la incredulidad más absoluta antes que someterse al yugo que la reacción querría imponerle. De modo que lo que ha provocado el movimiento liberal en el seno del catolicismo es esa grande antipatía á la dominación clerical, á la vez que la pasión ardiente por la libertad civil y política. M. Guizot dice que sólo los católicos liberales pueden salvar la religión católica: "Hay, dice, católicos que comprenden los tiempos y el nuevo estado social en que viven, y que aceptan francamente sus libertades religiosas y políticas. Humanamente hablando, de la influencia que ejerzan en la Iglesia y en el público dependerá el término apacible de la crisis por que pasa en nuestros días el cristianismo. Nuestra sociedad puede salir de su indiferencia religiosa, puede ser devuelta al cristianismo; pero sólo por aquellos que, defendiéndole, no lastimen á la sociedad en las ideas, en los sentimientos, en los derechos y en los intereses, que hoy día han echado raíz en su vida íntima y activa. La sociedad moderna, del mismo modo que la religión, tiene también sus puntos fijos y sus tendencias invencibles, y la armonía entre ellas no puede restablecerse más que por la acción de hombres que tengan una verdadera y profunda simpatía por entrambas á dos. Puesto que la religión cristiana vive hoy en presencia de la libertad, sólo pueden ser eficaces defensores de la religión aquellos que, profesando sinceramente la fe cristiana, acepten de lleno y con igual sinceridad las prácticas de la libertad" (1).

Si pudiera haber un catolicismo liberal, M. Guizot tendría razón; pero es una ilusión el creer que

(a) El autor ha repetido ya dos veces que Guizot era ortodoxo, y habrá quien crea que era católico romano. Verdad es que también ha dicho Laurent que era calvinista, lo cual se aviene mal con lo de cristiano ortodoxo. Guizot era protestante, pero buen creyente en el sentido evangélico.—*N. del T.*

(1) GUIZOT, *Meditaciones sobre la enseñanza de la religión cristiana*, *Préface*, p. XIV, XVI, XVIII.

haya verdaderos católicos que tengan verdadera y profunda simpatía á la libertad; ya hemos dicho que su liberalismo no es de muy buena ley; pero ¿es más sincero su catolicismo? ¿Dios nos libre de poner en duda las intenciones. Solamente preguntamos cómo concilian su catolicismo con el de Roma. Guizot observa que los católicos liberales son precisamente los que con más resolución han demostrado su adhesión á la fe católica, los que han proclamado con más fervor las libertades de la Iglesia y defendido con más energía los derechos de su jefe. Pero ¿en qué consiste que esos celosos defensores del catolicismo hayan sido desautorizados repetidas veces y en documentos notables por aquel mismo cuya defensa tomaban, por el jefe de la Iglesia á quien querían reconciliar con la sociedad? Lamennais es el primero que ha tratado de encaminar al mundo católico por la senda de la libertad, y no hubo seguramente defensor más celoso de la Iglesia y del catolicismo. Sin embargo, Gregorio XVI le hizo saber poco suavemente que no quería ser defendido de aquella manera. No obstante la Encíclica de 1832, el catolicismo liberal persistió en su empresa, lo cual prueba que responde á una verdadera necesidad. La lucha fué viva entre los católicos que quieren restablecer la armonía de la religión y de la sociedad y los católicos que rechazan la libertad como fruto de la Revolución. Y ¿á quién ha dado el papa la razón? Acababan los católicos liberales de proclamar sus principios en el congreso de Malinas, y acto seguido toma la palabra Pío VII y reproduce los anatemas que Gregorio XVI había lanzado contra el espíritu moderno, contra la civilización y contra el liberalismo. Volvemos á preguntarlo: ¿cómo pueden los católicos liberales llamarse liberales siendo católicos, ó cómo pueden llamarse católicos siendo liberales? (a).

(a) Habrá observado el lector que Laurent tiene montados sobre las narices á los católicos liberales; que á ellos consagra la mayor parte de este libro, y que el ardor del combate contra ellos le hace claudicar más de una vez, afectando un escepticismo y hasta una aversión que realmente no tiene á la verdadera religión de Cristo. Para explicar esas contradicciones, no basta acudir á su título de librepensador, del que se muestra tan encariñado: acaso influya más que eso su cualidad de liberal belga. Después de todo, Lamennais, Montalembert, Lacordaire, Bords, Huet, el padre Jacinto y tantos otros, hayan ó no logrado su intento, han tenido las mismas aspiraciones que tiene Laurent: limpiar la religión cristiana y hacer de las diferentes iglesias, sectas y religiones, una religión universal. Con la diferencia de que aquellos van por el camino de las creencias y dan vuelo y poder al espíritu, mientras que Laurent

Quizá hemos juzgado con demasiada severidad el catolicismo liberal. No ignoramos que hay católicos sinceros que aman la libertad sinceramente; pero su inconsecuencia es flagrante y su posición insostenible; son católicos, y católicos ultramontanos, como ellos dicen, escuchan al papa cuando les dice que su liberalismo es hijo de la Revolución y ésta es hija de Satanás. Quieren ser liberales contra la voluntad del papa, pues crean un cisma ó hacen una apostasía. Lamennais tomó este último partido, y la fuerza de las cosas llevará á los católicos liberales á imitar su ejemplo. ¡Cuántos hay ya que no son católicos más que de nombre! Unas cuantas bulas pontificias más, y la cosa se realizará. Tan cierto es que las Encíclicas apresuran la caída del viejo catolicismo. Lamennais lo dijo después de 1832, en una época en que aun no había roto definitivamente con el cristianismo tradicional, y por cierto que es digno de escuchar lo que esa gran inteligencia tuvo la franqueza y el valor de decir y hacer á la luz del día y sin embozarse en las exterioridades que muchos otros se embozan.

“Uno de mis amigos, hombre de un talento nada vulgar y de una conciencia cristiana más timorata de lo que la razón aconseja, me escribía hace poco lo siguiente con motivo de la Encíclica: Comprendo claramente que, para ser católico como el papa lo manda, es necesario renunciar á ser ciudadano y aun á ser hombre; pero como lo más seguro es obedecer, aunque me cuesta mucho, me resigno á ese sacrificio.—Y el género humano, continúa Lamennais, ¿se resignará igualmente? Seguramente que no. *Si es esa la última palabra del papado, señalará la última hora del catolicismo tal como hoy está constituido...* Obcecada como está, la jerarquía ni siquiera sospecha la profundidad de la llaga que se ha hecho á sí misma, abriendo un abis-

toma el peligroso atajo de la incredulidad y de la indiferencia, aliándose, sin quererlo, al descarnado y deleznable positivismo moderno.—(N. del T.)



FIN DE LA REACCIÓN RELIGIOSA Y DEL TOMO CUARTO

mo entre ella y los pueblos: ¿quién le cegará de hoy en adelante? Hay que decirlo con franqueza: ya no será el odio ni será tampoco el desprecio, por lo menos en Francia, porque el desprecio siempre se refiere á algo; será una indiferencia tal que no se encuentran palabras con que describirla. Las líneas trazadas por Gregorio XVI, y *que nadie se toma ya el trabajo de leer, son como las vendas que envuelven á la momia*: habla á un mundo que ya no existe, y su voz semeja á uno de esos vagos sonidos que repercuten solitarios en las sagradas tumbas de los sacerdotes de Menfis... (1).

La humanidad necesita una religión de vida y no una religión de muerte. Las momias no pueden dejar de ser momias, porque están muertas hace siglos; hé ahí por qué hablan el lenguaje de los muertos y no se dirigen más que á los muertos. Los vivos no las escuchan y apenas las comprenden; y si aún permanecen en los sepulcros que sirven de trono á esas momias, es porque los unos, cegados por la educación que la Iglesia les ha dado, toman las tinieblas por la luz del día; otros frecuentan esas mansiones tenebrosas por hábito, por interés, por hipocresía, y son dignos de vivir en medio de la podredumbre de los cadáveres. También los hay que tienen vida y que experimentan la necesidad de un aire más vivificante que el de los sepulcros, y tratan de romper la piedra y el plomo que les cubren; querrian reanimar á la Iglesia con el aire de la libertad. ¡Vanos esfuerzos! No se resucita á los muertos. Y ¿qué les queda que hacer? Abandonar la mansión de los muertos y venir á la religión de los vivos. El aire es aquí más fuerte y la atmósfera tiene sus intemperies; pero al menos se vive y se adquieren cada día fuerzas nuevas. Si la vida tiene sufrimientos, también va unido á ella el placer de vivir. Dejemos, pues, á los muertos y escuchemos á los que tienen palabras de vida.

(1) LAMENNAIS, *Carta* del 20 de Agosto de 1831 (*Correspondance*, t. II, p. 391).

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO

PARTE DÉCIMATERCIA

LA REVOLUCIÓN FRANCESA (PRIMERA PARTE)

	Páginas.		Páginas.
LIBRO PRIMERO			
¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN?			
Capítulo I. Caracteres esenciales de la Revolución.....	9	§ II. La salvación pública y los derechos del hombre.....	54
§ I. La Revolución y los hombres del pasado.....	9	§ III. Los golpes de Estado.....	63
§ II. La Revolución y los hombres del porvenir.....	12	Capítulo IV. La igualdad.....	82
§ III. La nueva era.....	16	§ I. La igualdad de derecho y la igualdad de hecho.....	82
N.º 1. La Revolución, una nueva era.....	16	§ II. La Francia y la igualdad....	93
N.º 2. Carácter religioso de la Revolución.....	18	§ III. La igualdad se sobrepone á la libertad.....	109
N.º 3. Carácter político de la Revolución.....	23	LIBRO SEGUNDO	
Capítulo II. Los derechos del hombre...	26	¿DE DÓNDE PROVIENE LA REVOLUCIÓN?	
§ I. La Declaración de derechos en 1789.....	26	Capítulo I. Consideraciones generales...	133
§ II. Apreciación de los derechos del hombre.....	31	§ I. Importancia de este Estudio.	133
Capítulo III. La libertad.....	38	§ II. La Revolución y el cristianismo.....	136
§ I. La libertad y la soberanía...	38	N.º 1. Ilusiones de los amantes de la libertad.....	136
		N.º 2. Pretensiones de los católicos.....	145
		§ III. La Revolución y la filosofía.	148
		Capítulo II. El cristianismo.....	157
			315